

las relaciones con la «polis», la «vida en el siglo» (Negredo del Cerro, Vaquería, Gil Ruiz, García Hernán): las relaciones con la Corona, la proyección social, a través sobre todo de la educación (colegios y universidades) y la asistencia social, así como los «críticos y detractores» con una especial mención al caso de los jesuitas (462-466). Encuentra un lugar destacado el amplio capítulo IX (467-584) que bajo el título «La fe y el intelecto» expone minuciosamente la aportación de las congregaciones religiosas a la cultura y la espiritualidad del momento. Una vez más, el Concilio de Trento aparece como punto de partida e iluminador de toda la producción: las disputas teológicas sobre predestinación, María o temas morales; los grandes temas teológicos en torno a Jansenio, o el quietismo. La enorme producción literaria se ve reflejada en la profusión de títulos y ediciones que las diferentes congregaciones fueron produciendo. El capítulo no olvida la «producción cultural no religiosa» en torno a las artes, las letras o la ciencia. El mismo Martínez Ruiz cierra este denso trabajo con un capítulo sobre «El fin del modelo religioso regular moderno» (585-628).

El resumen que hemos intentado presentar es muestra de la amplísima información que estas 666 páginas nos ofrecen. La labor del Director Martínez Ruiz ha logrado un texto unificado en estilo y método, tarea no siempre fácil en libros «en colaboración» de numerosos autores. *El peso de la Iglesia* ayuda sin duda a comprender mejor desde la aplicación de métodos de las ciencias humanas el fenómeno socio-cultural de la vida religiosa y la vida de la Iglesia, vinculándola estrechamente a los procesos históricos del momento que le toca vivir. No resulta tan fácil distinguir, ni es tan diáfana la frontera entre lo humano y lo divino, lo material y lo espiritual, lo de acá y lo de más allá.

El Equipo Editor ha optado por suprimir todas las notas a pie de página o referencias internas a bibliografía secundaria o fuentes. La lectura gana en fluidez y narrativa, pero pierde en curiosidad intelectual. Muy clarificadores son los numerosos cuadros esquemáticos que se ofrecen (26-34, 217-221, 229-230, 617-622) exponiendo las diferentes congregaciones sobre las que se habla; clarificando su estructura interna u ofreciendo numerosas datos sobre sus miembros, su economía y demás cifras de gran valor para conocer su organización interna. Dado el carácter de consulta que este tipo de libros contiene, echamos de menos un completo índice final de nombres (personas y lugares) que permita al lector ir en busca de la información precisa deseada. La bibliografía final (629-666) organizada por capítulos es muy completa, específica y actual, dejará satisfecho, con creces, al más inquieto de los lectores.

Asentimos con la presentación del mismo texto en su contraportada: «un retrato completo de unas instituciones religiosas cuya importancia constituye uno de los mejores exponentes del peso de la Iglesia en España».—JOSÉ GARCÍA DE CASTRO.

REQUENA, FEDERICO M.<sup>a</sup>, *Católicos, devociones y sociedad durante la dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República. La Obra del Amor Misericordioso en España (1922-1936)* (Biblioteca Nueva, Madrid 2008), 359p., ISBN: 978-84-9742-877-4.

Nadie que conozca el clima espiritual y las prácticas devocionales de la España de comienzos del siglo xx podrá poner en duda la supremacía de la devoción al Sagrado

Corazón. El corazón divino, aparte del respaldo del pueblo, contaba con el firme apoyo de la jerarquía y de los papas. León XIII consagraba en el cambio del siglo el mundo entero al Sagrado Corazón. Pío XI se sentía acompañado y tal vez inspirado en su mesa de trabajo por una imagen del Sagrado Corazón.

Sin embargo, la nueva sensibilidad que nacía con el siglo xx, uno de cuyos prototipos será la santa de Lisieux, necesitaba en sus relaciones con la persona de Cristo algo nuevo y mucho más cercano con su manera de ser y sentir.

Las novedades en el campo del espíritu llegaron de Francia. En concreto, del monasterio de las Visitandinas de Dreux, próximo a Lyon, donde residía María Teresa Desandais, más adelante conocida como la Sulamitis. En 1902 publicaba dos pequeños opúsculos. El primero llevaba por título *El Tesoro escondido*, obra homónima a la que en el siglo xviii diera a la prensa el jesuita padre Calatayud. Para Requena, en esta obra se resumía la espiritualidad y la renovación de la devoción al Sagrado Corazón (SC). «Desandais afirmaba que los más grandes sacrificios y ofrendas que el hombre, incluso el más santo, pueda llegar a realizar son insignificantes al lado del más pequeño sacrificio de Cristo. Por tanto, la ofrenda más importante que se pueda hacer a Dios Padre son los méritos de su propio Hijo, de los cuales el cristiano ha de apropiarse. Aquí radica el núcleo doctrinal de la Obra del Amor Misericordioso» (en adelante AM) (31). La Sulamitis, sin por ahora pretenderlo, daba comienzo a la Obra del AM. El segundo se denominaba *Ofrenda del Amor Misericordioso*.

Lo más original llegaría dos años más tarde. En 1904, la misma Desandais dibujaba, inspirada por el mismo Señor, una imagen que popularizará a Cristo en la Cruz: imagen que acabará siendo el santo y seña de la nueva devoción y que contenía a Cristo clavado en cruz y con el corazón abierto, con la Sagrada Hostia, al fondo; signos a los que se fueron añadiendo el libro de los Evangelios, colocado a los pies de Cristo, iluminado por unos rayos que partían del corazón; en este primer dibujo, que con el tiempo se extenderá por Francia y muy especialmente por el centro de España, se dejaban leer las palabras del *mandatum novum*. En la parte inferior campeaba la leyenda *El Amor Misericordioso*. Años más tarde (1916) se añadiría a los pies de la Cruz la corona y los clavos de la pasión. Nada original, al decir del autor, dentro de la iconografía y de los binomios iconográficos: Sagrado Corazón-Eucaristía y Sagrado Corazón-Cruz, que por aquellos años cundía en Europa.

Si algo caracterizó a la Sulamitis, aparte de sus supuestos dones místicos, fue su tenacidad, su prolífica producción espiritual y sus deseos de crear una red apostólica que al tiempo que propagase sus escritos hiciese posible el éxito seguro de la nueva devoción. En 1917 redacta sus *Centellitas*; texto con el que intenta aproximarse a la autoridad que por aquel entonces gozaba Teresa de Lisieux. En este libro, escrito durante sus Ejercicios Espirituales, Desandais cree que es necesario hacer cuanto esté en nuestras manos para divinizar al hombre, para que la vida humana y todos los minutos que el hombre viva sobre la tierra sean minutos santos. Nada mejor para llevar adelante estos santos deseos que trabajar por la Entronización espiritual del Sagrado Corazón en todos los hogares particulares y en todos los establecimientos públicos.

En 1919 se creó la Asociación del AM y un poco más adelante *La Legión de verdaderos Amigos de Jesús*. Para formar parte de la *Legión* bastaba con guiarse bajo la acción del Espíritu, recitar la ofrenda del AM y unirse a las misas que a diario se celebraban en el mundo entero. Los primeros pasos de esta ágil estructura se dieron en

el Centro de Propaganda del Sagrado Corazón de Lyon; su primera propagandista fue Emile Blanck, que a la postre terminaría siendo un problema; ésta era conocida del chileno padre Mateo Crawley, el gran propagador de la entronización en los hogares del SC, amigo a su vez de su compatriota, la chilena Elvira Ortúzar, que acabaría siendo la introductora de la obra en España, y de los jesuitas chilenos, entonces residentes en España, padre Vives y el escolar jesuita, hoy canonizado, Alberto Hurtado.

La Obra del AM tuvo desde el principio una buena acogida en los ambientes cultos y semiaristocráticos españoles. El agustino padre Fabo sintió que con esta nueva devoción se conseguía una cierta rectificación de la devoción verdadera a Jesucristo. En carta a Juana Lacasa, verdadera activista del AM, le agradecía el envío de estampas y le escribía: «Creo que viene a remediar en la Iglesia algo que hacía falta, no irnos demasiado hacia el Corazón de Jesús con detrimento de la devoción a Jesucristo crucificado, que es más fundamental y antiguo como objeto de culto. Tengo para mí que reúne los símbolos de los dos grandes amores: el amor del sacrificio de la Redención y el amor del Corazón eucarístico» (222). Dos sacerdotes de la diócesis de Vitoria, José Anido y Jesús Virgala, estaban persuadidos de que el AM además de ser «la gran revelación», llegaría a «ser la obra regeneradora de este siglo» (229).

Sus más grandes propagadores y sus más entusiastas seguidores fueron el dominico padre González Arintero y la madrileña, Juana Lacasa, dirigida y devota del jesuita, canonizado en mayo de 2004, José María Rubio. A ellos dos se debe la relativa implantación del AM en España. González Arintero, renovador de la espiritualidad católica de su tiempo, no dudó en poner al servicio del AM no sólo la *Vida Sobrenatural*, sino todo su prestigio intelectual y espiritual. Quería, cosa que no permitieron sus superiores mayores, que los dominicos fuesen los grandes propagadores de esta nueva devoción.

Juana Lacasa, representante de la buena sociedad madrileña, madre de familia y activista católica, se convirtió con el paso del tiempo, gracias a un cuadro del AM que Desandais le mandó desde Dreux, en la incansable propagadora de la nueva devoción. Lacasa, además de abrir su hogar para que todo el que quisiera pudiera ver el cuadro de la visitandina y que ciertamente fue contemplado con fervor y emoción por numerosas personas, incluidos obispos y altas personalidades del mundo de la política, administración y de las finanzas, siempre que le fue posible lo llevó a conventos, monasterios, iglesias, parroquias y centros de culto. Sus propósitos no se consiguieron del todo. El padre Rubio, presionado indirectamente hasta por el mismo Arintero, no se mostró nunca entusiasta de la nueva devoción. Todo ello no fue óbice para que la Basílica de Atocha, regentada por los dominicos, se convirtiese desde 1927 en su principal lugar de culto.

El relativo éxito del AM en España contrasta con el fracaso del mismo en Francia. Desandais, pese a las muchas dificultades sufridas en su patria, no cedió en sus pretensiones. Quería a toda costa que Pío XI escribiera una Encíclica, instituyese una fiesta y eligiese la imagen de su Cristo para el Jubileo de 1933. Tan repetidos intentos, muy bien estudiados por Requena, llevaron a la Sulamitis, a sospechar que su obra no era merecedora de la aprobación romana. En 1941, «la devoción al AM desapareció bajo la sospecha de que se trataba de una devoción prohibida en Roma» (299-300). Roma, sin embargo, no se pronunció expresamente sobre el particular en ningún momento; en cambio, sí que se manifestó sobre asuntos parecidos, cuando respondió a dos consultas venidas de Colombia (1933) y la Habana en las que dejó caer que no convenía

dar cauce a este culto no tanto por la doctrina cuanto por las formas. Así lo interpretaron, entre otros, el dominico y teólogo P. Garrogou, quien afirmaba que no era «intención de la Congregación condenar la devoción del AM en sí misma, sino cierta forma abusiva de esa devoción, como cuando se condenó hace poco una devoción extraviada a las llagas del Señor no se quiso condenar la devoción a las Santísimas llagas del Salvador» (305). Tal vez se esté refiriendo al culto de la Divina Misericordia, contemporáneo al AM, de la polaca ahora canonizada Faustina Kowalska, quien el 22 de febrero de 1931 daba a conocer la Divina Misericordia con un cuadro que mandó pintar (227-228). Sin embargo el autor relaciona la prohibición del AM y de otras devociones con la publicación por el jesuita Emile Jombart de un artículo en el *Dictionnaire de Spiritualité* (vol.1, Paris 1936, p.1027-1037), titulado *Asociaciones piadosas*.

Hasta aquí una apretada síntesis; en adelante una serie de consideraciones sobre las siempre legítimas pretensiones del autor, para terminar con la presentación de los logros de este magnífico libro.

«Conviene señalar como conclusión —escribe el autor— que la Obra del Amor Misericordioso forma parte de una corriente espiritual y teológica que ha terminado abriéndose paso en el catolicismo contemporáneo, especialmente durante el pontificado de Juan Pablo II, y que actualmente, impregna en gran medida de modo implícito o explícito la vida espiritual de muchos católicos y la vida de muchas obras». «La historia de la devoción del AM no puede desligarse de la historia del Sagrado Corazón de la que forma parte» (311).

Sirviéndose de las aportaciones de la historiografía religiosa francesa y desde la perspectiva de la circulación de las devociones, término ya utilizado por el francés Dompnier, concluye Requena que la obra del AM debería ser considerada «como la evolución necesaria para los nuevos tiempos de la tradicional devoción al Sagrado Corazón. En dicha evolución tuvo mucho que ver la importancia de los escritos de Teresa de Lissieux durante los años de entreguerras, «que apuntaba hacia el descubrimiento de Dios como Misericordia, hacia una espiritualidad más interior, más exigente, con la santidad como horizonte de toda vida cristiana, menos formalista y más en contacto con lo cotidiano». El AM quería ser como «un indicador de la necesidad de dotar, dirá en otro lugar, de vida sobrenatural a un entramado organizativo católico que, en algunos casos, había perdido sus referentes sobrenaturales y se ha habido reducido a un puro activismo» (316). La devoción al Corazón de Jesús se mostraba «en ocasiones excesivamente militante, formalista y externa, e incluso politizada, que alimentaba un movimiento asociativo católico impregnado de activismo y dividido por rivalidades. Estas eran las carencias del catolicismo del momento, tal como fueron denunciadas por Desandais, que la obra del AM pretendía subsanar» (311). Según esto, el AM no contradecía, por una parte, la devoción del Sagrado Corazón, «en la que explícitamente se enraizaba», pero sí que deseaba, por otra, que éste se renovase. El Sagrado Corazón se vivía más política que religiosamente.

El relativo éxito de la nueva modalidad de la devoción al Sagrado Corazón, encarnado en el AM, le alejaba de «las interpretaciones militantes y políticas de la devoción al Sagrado Corazón» y le inclinaba «entre sus promotores» a todos los que se acercaran al divino corazón por «motivaciones exclusivamente religiosas» (312). Este punto, capital en la exposición de Requena, no se demuestra del todo cuando se estudian las reacciones y los actos políticos llevados a cabo por los militantes del AM en tiempos

de la Segunda República; en nada difieren de los llevados a cabo por los tradicionales devotos al Sagrado Corazón.

Salvado este pequeño escollo, ponderaremos, ahora, los logros de esta monografía. Consideramos que nos encontramos ante un trabajo que nos permite conocer, apoyados en un aparato documental de primera mano y de la máxima importancia, algunas de las transformaciones que se van produciendo en la espiritualidad de la España del primer tercio del siglo xx. El relativo éxito inicial del AM y su pronta y para siempre desaparición se debieron a las mismas causas, al sobrenaturalismo espiritual del que estaba impregnada la experiencia religiosa de los españoles de las clases medias. Se daba excesiva importancia a todo lo que tuviese un supuesto origen sobrenatural, a todo lo que sonase a revelaciones y a todo lo que pudiera ser nuevo dentro de la tradición. Se exageraba todo lo referente a imágenes concretas, cultos públicos, visitas domiciliarias. Resultaba muy fácil incrementar tanto a nivel particular como colectivo la nómina de nuevas prácticas y devociones religiosas. Sin embargo, España y los españoles, no estaban «suficientemente preparados para valorar, en toda su profundidad, el mensaje de renovación espiritual y de llamada a la santidad que la Obra del AM difundió. Su propuesta de vida espiritual trascendía lo puramente devocional para incidir en lo más profundo del comportamiento moral, proponiendo como modelo de vida cristiana una completa identificación con Jesucristo. La oración de la Ofrenda respondía a este planteamiento» (314). Algo que, en nuestra opinión, también se perseguía con la tradicional devoción del SC.

Amén de algo ya sabido, la importancia de las órdenes religiosas en la animación religiosa de la vida cristiana; en este tiempo fue cuando los laicos y la mujer comenzaron a tener el protagonismo del que hasta entonces habían carecido. El laicado femenino, mostró un gran espíritu de iniciativa y fue el nexo entre las diferentes congregaciones religiosas y sus respectivas espiritualidades. Otra novedad del catolicismo del primer tercio del siglo xx, será la atención que los nuevos actores prestaron a todo lo organizativo; trataban de conjugar el mantenimiento y perfeccionamiento del carisma con la mayor actividad posible; eso sí, sin caer en el tan criticado activismo.

Para terminar, la lectura de esta obra nos ha permitido percibir, verdadero objetivo de este trabajo, que algo está cambiando en la historiografía religiosa española actual. No todo vale a la hora de interpretar las devociones de nuestros antepasados. Sus prácticas devocionales fueron más religiosas que políticas; su amor a Cristo más fruto de un verdadero sentimiento religioso que una apuesta por el orden, la tradición y la estabilidad política; su respuesta ante las provocaciones políticas fue más constructiva que reaccionaria y su vinculación con los religiosos y sacerdotes seculares fue mucho más familiar, cercana y amistosa que competitiva y excluyente.—ALFREDO VERDOY.

CÁRCEL ORTÍ, VICENTE, *Pío XI entre la República y Franco. Angustia del Papa ante la tragedia española* (Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2008), 752p., ISBN: 978-84-7914-928-4.

Las relaciones entre la Iglesia Católica y el Estado español durante los años treinta del siglo pasado constituyen uno de los temas más apasionantes de nuestra Histo-